CORAZÓN DE GUERRERO

—El Camino de los Miedos—



Gonzalo Cajaraville

CAPÍTULO VII

— El vínculo—

27

Eros se había alejado de Agatha tras aquel suceso extraordinario. No tenía certeza de si la metamorfosis había sido real o una mera ilusión. Pero una cosa era segura: estaba sólo y debía continuar sin ella la travesía por el Camino de los Miedos. En medio de la confusión, al menos lo reconfortaba pensar que sus acciones no habían sido en vano, de lo contrario su compañera estaría sin vida.

Las últimas horas habían sido extenuantes. Con la guardia en alto, había centrado su atención en sobrevivir. Pero, tras superar cada suceso, había notado un gran progreso en el trayecto y en su objetivo primordial: alcanzar las Tierras Altas. Sin darse cuenta, el paisaje había cambiado significativamente. Los arbustos y matorrales habían comenzado a disminuir y el follaje era menos abrumador. Predominaban árboles poco frondosos, de mayor altura y permeables a la luz del sol. La espesura salvaje había sido reemplazada por un manto de hierba verde, que se mezclaba con los matices de las hojas esparcidas. En general, el entorno lucía más apacible y luminoso, y, a lo lejos, se vislumbraba una claridad esperanzadora.

Sin perder la cautela, pero con mayor sosiego, su andar se volvió más animado a cada paso. Al mediar la tarde, había alcanzado el punto del bosque que, desde lejos, había notado más despejado, y se encontró con un paisaje maravilloso.

A un lado del camino, permanecía el muro de árboles que delimitaba el bosque pero, del otro lado de la senda, un vasto valle se extendía hasta la cordillera. La silueta incipiente de las montañas se recortaba contra el punto donde la tierra y el cielo se fundían. La distancia aún era desafiante, pero los picos lejanos se convertían en un buen augurio, una guía incondicional que orientaban el rumbo.

El sol abrazaba el valle cálidamente, y su luz bañaba la hierba con un gran resplandor. La oscuridad se había desvanecido y la claridad se hacía presente. Lo peor del infierno había quedado atrás, Eros había arribado al otro extremo del bosque, donde el camino lo bordeaba hasta alcanzar la zona de montañas, y los confines de la maldición.

El escenario que se presentaba ante sus ojos era acogedor. Eros había logrado cierta conexión con la naturaleza, y esa sintonía lo impulsaba a continuar el trayecto pendiente. Tras un extenso recorrido, el paisaje comenzó a transformarse. A su alrededor, el terreno comenzó a volverse más irregular a medida que se acercaba a las sierras. Las alzadas se internaban a ambos lados del camino. El bosque mostraba una vista excepcional de sus árboles alineados escalonadamente, cuyas copas se fundían en una sábana verde que cubría las lomas. Poco a poco, los vestigios de las montañas ganaban presencia y dejaban de ser una vaga sombra en el horizonte. El relieve de la cordillera exhibía una ladera frondosa que se mezclaba con el manto blanquecino de las cumbres nevadas.

Detrás de una colina, a un costado del camino, se hundía una aguda pendiente. Cuesta abajo, la arboleda se entrelazaba con enormes rocas, conformando una gran olla natural. En su interior, yacía una laguna de aguas cristalinas abastecida por un torrente de deshielo. El reguero se abría paso entre piedras y raíces, desembocando en forma de cascada. El paisaje era encantador y Eros se detuvo a contemplarlo, cautivado por su belleza.

Antes de retomar el curso, advirtió un movimiento inusual sobre la superficie del agua, serena e inmóvil hasta entonces. Una vibración provocaba finas ondas que se extendían en círculos las que, poco después, se convirtieron en el centro de un remolino que giraba aceleradamente. La transparencia permitía vislumbrar cómo una enorme sombra ascendía desde las profundidades. Al cabo de unos segundos, un fuerte caudal estalló en todas direcciones, como una erupción de agua potente y repentina. Del seno del torbellino emergió una imponente criatura, que se elevó varios metros por encima del nivel del camino. Permaneció suspendida en el aire, desplegando sus voluminosas alas en una exhibición de fortaleza y vitalidad. Se trataba de Agatha, vigorosa y colosal como jamás antes había lucido. Su cuerpo esbelto y rutilante brillaba como una estrella plateada.

Comenzó a descender lentamente y se posó al borde de la pendiente, a pocos metros del joven. Eros estaba embelesado ante la nueva apariencia de Agatha. La escena era tan real como cautivante, y desechó toda conjetura acerca de quimeras y alucinaciones. Al mismo tiempo, agradecía la oportunidad de estar frente a ella una vez más. El destino le había dado un guiño y ahora tocaba su turno, pero debía actuar con mayor convicción.

Decidido, se acercó a la dragona y la miró directo a los ojos, los que lucían tan radiantes y profundos como el Lago de los Dioses. Antes de hacer contacto, se retrotrajo a una memoria recurrente, un recuerdo de su niñez que lo ubicaba junto a la potranca, donde sus caricias tenían el poder de serenarla. Pensó en repetir el gesto. Apoyó la mano sobre el robusto hocico y deslizó su palma tímidamente. La aspereza de las escamas era perceptible al tacto, diferente a su antiguo pelaje, pero, a pesar de eso, experimentó una grata conexión. La criatura se mantenía inmóvil, sin dar señales de lo que pasaba por su interior, lo que volvía incierto el desenlace.

Eros repetía el roce una y otra vez, recorriendo con los dedos la textura de la potente mandíbula. La dragona emitió un leve bufido, y el aire se tornó denso y caliente. El joven recordó el incidente que había tenido en su primer contacto, pero no se detuvo. Poco después, Agatha hizo un lento parpadeo, cerró sus ojos y permanecieron entreabiertos por unos segundos. La expresión era característica en ella, propia del goce de las caricias, un gesto familiar que despertó en el joven una sonrisa esperanzadora. En ese instante, reconoció que, efectivamente, su compañera aún estaba dentro de esa criatura. Sin darse cuenta, relajó su postura rígida. La dragona percibió el cambio de conducta y abrió sus ojos repentinamente, sintiéndose amenazada. Alzó la cabeza por encima de Eros y adoptó una posición más distante. Luego le mostró los dientes afilados, y soltó un jadeo nervioso que derivó en un potente rugido. El sonido retumbó como un trueno, esparciendo su eco a través del valle.

Eros estaba aturdido e inmóvil. Desconcertado, tan sólo la observó envolverse en esa actitud sumamente agresiva, y temió lo peor. Tras un giro inesperado, había quedado expuesto a ser devorado o incinerado por el animal. Fue entonces cuando Agatha abandonó la embestida con la misma rapidez con que la había iniciado. Se la notaba contrariada y fastidiosa. Sin más, extendió sus alas y, raudamente, se echó a volar por encima de los árboles.

Eros enfrentaba sentimientos antagónicos, había descubierto que parte de su antigua compañera aún estaba viva pero, a su vez, la osadía lo había llevado al extremo del peligro. Desestimando todo riesgo, se internó en el bosque persiguiendo la silueta del animal que sobrevolaba las copas de los árboles. A pesar del esfuerzo, fue perdiendo el rastro hasta que no tuvo más alternativa que resignarse. Se sentía decepcionado, creía haber logrado cierta conexión con la dragona, pero una tonta distracción lo había echado todo a perder.

De regreso al camino, se preguntaba cómo continuar. Resultaba lógico retomar el viaje a las Tierras Altas pero, a su vez, esa decisión implicaría dejar a Agatha atrás. Al llegar a la laguna, hizo una pausa para reflexionar acerca de su destino. Aprovechó para refrescarse un poco, y mojó sus brazos y cabello. Mientras las gotas heladas se escurrían entre sus ropas, cerró los ojos y se permitió un momento para relajarse.

El descanso se extendió hasta que una brisa, suave y repentina, recorrió su rostro húmedo. El roce le congeló la piel, interrumpiendo de inmediato su meditación. Segundos después, la brisa se convirtió en una ráfaga más intensa, que provenía desde el corazón del bosque. Las hojas revoloteaban y un zumbido lóbrego e intermitente cortaba el aire. El ambiente estaba poseído por una energía turbia. El exótico sonido se intensificó durante un breve instante, y luego se extinguió súbitamente. Reinaba una calma inquietante, y Eros presentía algún tipo de amenaza a su alrededor. Miró hacia el interior del bosque y no vio nada inusual, volteó hacía el valle, y lo mismo. Permaneció atento y expectante un poco más, pero se relajó ante la falta de señales.

Agotado, posó la mirada sobre el agua cristalina, y se distrajo ante la proyección del cielo y las nubes sobre la superficie espejada. Fue entonces cuando advirtió la silueta de una criatura atravesando el reflejo, sus alas extendidas y onduladas ilustraban la fisonomía de un dragón. Una oleada de euforia lo invadió, y pensó en Agatha. Alzó la cabeza, e identificó al enorme espécimen volando en dirección a las montañas. Los rayos solares le cegaban la vista, y poco podía distinguir. Trató de proteger sus ojos haciendo visera con las manos, y pudo apreciar cómo el dragón realizaba un giro repentino para enfilar hacía su posición, estaba claro que el muchacho no le había pasado inadvertido. La emoción lo invitaba a creer en un rencuentro, pero sus expectativas se derrumbaron pronto. No era Agatha quien se dirigía hacia él, sino un temible dragón rojo que, desde las entrañas del bosque, había emergido para recordarle que aún no estaba completamente a salvo.

La bestia se acercaba a gran velocidad, con las garras extendidas y una postura desafiante. Al aproximarse, pudo apreciar la ira en su rostro, y una lacerante herida en uno de sus ojos. Un horrible presentimiento invadió al joven, sin dudas, se trataba del mismo dragón rojo que lo había atacado en su primera expedición en el bosque.

Eros se arrojó a la laguna de un salto, y su cuerpo se sumergió. La bestia cortó el agua con sus garras y dejó grabada una estela en la zona del impacto. La embestida había sido brutal, pero sin efecto, y Eros había salvado el pellejo por muy poco. El dragón se elevó con el mismo impulso y golpeó torpemente algunos árboles. Dio un giro abrupto y regresó para propiciar un nuevo ataque. El joven resistió bajo el agua el mayor tiempo posible, mientras la bestia aguardaba sobrevolando por encima de él.

Cuando el oxígeno comenzó a apremiar, se vio obligado a asomar a la superficie y fue advertido por el dragón de inmediato. Apenas cambió el aire, se sumergió otra vez con prisas, y la bestia reaccionó con vehemencia. Voló al punto de inmersión, y lanzó una potente llamarada. La enérgica llamarada convirtió a la laguna en un verdadero infierno ardiente. El calor había incrementado la temperatura del agua considerablemente, sofocando al joven.

En un esfuerzo desmedido, Eros soportó el calor y la respiración, hasta que las llamas cedieron un poco. Asomó la cabeza, y vio al dragón a corta distancia, exponiendo su perfil herido y, por ende, menos perceptivo. Aprovechó la ventaja para nadar hacía el borde pero, poco antes de lograr la hazaña, la criatura giró el cuello y pudo verlo con su único y malvado ojo.

A esas alturas, una nueva ráfaga de fuego sería letal para Eros, incluso sumergido. El escape era la única alternativa, por lo que continuó nadando. La bestia, mucho más ágil, se dirigió a él y lo tuvo a disposición antes de que pudiera lograr el objetivo. Eros presintió la amenaza a sus espaldas, y consideró que, si debía morir, lo haría de frente como un guerrero. Volteó su cuerpo a escasos metros de la orilla y, acorralado, se puso de cara al dragón rojo. El desenlace estaba sentenciado y sólo faltaba la estocada final. Antes de la ejecución, lanzó un rugido más en señal de dominio, un estruendo avasallante que esparció el terror en el aire. Infló su abdomen y, cuando estaba listo para lanzar una nueva llamarada, un nuevo bramido quebró la escena. El sonido fue como un grito de guerra, una voz sedienta de victoria que no provenía del dragón rojo.

En una embestida heroica, Agatha se hizo presente atropellando a la criatura con un impacto temerario. Ambos dragones cayeron a tierra y rodaron varios metros, arrastrando piedras y restos de follaje, provocando una enorme polvareda a su alrededor. Por su parte, Eros pudo al fin abandonar el agua, y se mantuvo resguardado y expectante de un enfrentamiento sin precedentes.

Tras el cruce, los dragones volaron hacia el valle ganando altura. Poco después, comenzaron a asecharse listos para el ataque. Desafiantes, se cernían en círculos, enfrentados entre sí, ante el sol menguante que, desde el horizonte, los abrazaba con los últimos rayos de aquella tarde.

Un súbito silencio flotó en el espacio, hasta que ambos dragones rugieron con más fuerza que mil tambores de guerra. El sonido fue ensordecedor, y estremeció hasta el último ser del valle. Era el preludio de un duelo épico entre un dragón blanco y uno rojo. Eros recordó los relatos de Elena, historias acerca del enfrentamiento entre el bien y el mal, polos opuestos, representados por seres tan parecidos y diferentes al mismo tiempo. Pero ya no se trataba de mitología, el combate era real y estaba a punto de desatarse.

El dragón rojo, dominado por la ira, se lanzó en un ataque directo. Sin dudarlo, trató de apresar con su mandíbula cualquier parte de su adversario, pero Agatha, en un movimiento preciso, eludió con facilidad la embestida. Mientras la criatura pasaba frente a ella e intentaba frenar su impulso, le asestó tantos zarpazos como pudo. Sus potentes garras se encarnaron en una de sus alas, dejando una profunda marca que se exponía en cada aleteo. El dragón rojo giró enfurecido, lucía como un demonio herido que sólo entendía de matar o morir. Sin cautela ni control, se precipitó nuevamente al choque. Al aproximarse, expulsó una fuerte bocanada de fuego, agotando hasta el último aliento. La dragona reaccionó con rapidez, y lanzó otra semejante para contratacar. La colisión derivó en un gran estallido de energía y calor. Un imponente rayo de fuego ascendió varios metros provocando un resplandor enceguecedor, del cual el mismo sol quedó deslumbrado.

Agatha aprovechó la distracción para realizar un giro vertical de medio círculo, y el dragón rojo la perdió de vista unos segundos. Para cuando pudo localizarla, sintió sus dientes afilados enterrándose en una de sus patas traseras, desgarrando escamas y parte de la carne. La mordida había sido brutal, y la criatura se retorció de dolor. Pero, cegada por su instinto maléfico, arremetió una vez más. Agatha se alejó, cediendo la iniciativa a la bestia, que la perseguía sin medir consecuencias. La dragona volaba de manera irregular y zigzagueante para dificultar los movimientos de su oponente, que sentía el desgaste del esfuerzo y sus heridas. Su actitud era estratégica, y estaba utilizando la conducta irracional de su atacante a su favor.

Eros contemplaba una verdadera exhibición de combate, reconocía en la dragona conceptos aprendidos durante la instrucción en los campos de entrenamiento. Al advertir tal destreza, volvía a confirmar que la esencia de su compañera aún residía en ese cuerpo. Sentía admiración y orgullo ante el despliegue de habilidad que estaba haciendo, pero la ansiedad lo consumía: aún no estaba todo dicho.

Cuando el dragón rojo comenzó a exhibir flaquezas, Agatha abandonó la prudencia y avanzó con un ataque directo. Las criaturas se toparon con fiereza, las mordidas y zarpazos arremetían en todas direcciones. El cuerpo a cuerpo derivó en un cruce brutal, donde la bestia de escamas rojas recibió la peor parte. Finalmente, Agatha atenazó con los dientes el cuello de su oponente y lo convirtió en su presa. Fue violenta y tenaz, sin piedad sacudió el pescuezo agudizando aún más las heridas. La criatura se encontraba sometida y muy debilitada como para continuar la pelea, por lo que la dragona soltó su cuerpo, sin provocarle más daño. El dragón rojo cayó desplomado hasta impactar en el suelo, donde quedó inmóvil y vencido.

Agatha descendió hasta su posición y, al notar que no reaccionaba, decidió abandonar la escena. Sin más, se alejó lentamente, con un vuelo suave y rasante, en dirección a las montañas. Había logrado la victoria, pero no quiso ejecutarlo, se había conformado con propiciarle una buena lección.

Eros había celebrado el desenlace, pero hubiera preferido un final definitivo a la amenaza del dragón. De todos modos, había sobrevivido y, esa vez, había sido gracias a su compañera, en un gesto de enorme fidelidad. El joven estaba convencido de que la conexión entre ambos se mantenía intacta. Aunque aún no lograba despertar la confianza de la dragona, quien evitaba el contacto y escapaba de él en cada oportunidad.

Disconforme y decidido a romper esa barrera, salió del refugió y corrió en dirección a la dragona, gritándole para captar su atención.

—¡Agatha, detente! —la llamó con fuerzas, pero la dragona no respondió al llamado, y continuó alejándose. Eros avanzó, sin rendirse— ¡Por favor ven aquí! —suplicó, con desesperación.

Para ese entonces, se encontraba próximo al dragón rojo, el cual seguía abatido en el suelo en el mismo lugar que había caído. Cuando el joven alcanzó la posición, la bestia reaccionó repentinamente y, con las últimas energías, lanzó un latigazo con su cola. El golpe alcanzó las piernas de Eros, quien cayó estrepitosamente sobre la tierra. A pesar del golpe, se reincorporó rápidamente. Mientras se alejaba, observó cómo el dragón se arrastraba a los tumbos, utilizando para desplazarse sus alas quebradas y una única extremidad sana. Se encontraba maltrecho, pero lo suficientemente fuerte como para representar una amenaza. Eros, aterrado, echó a correr con desesperación: aquello se había convertido en una nueva cacería.

—¡Agatha! —gritó una vez más, obteniendo el mismo resultado que las veces anteriores. La distancia era suficiente como para que lo oyera, aun así ella elegía no responder a su nombre —¡Agatha, somos un equipo! —clamó, las palabras saliendo desde lo profundo de su alma.

El efecto fue inmediato, y se internó como un rayo de luz removiendo los recuerdos más íntimos de la dragona. Agatha detuvo su vuelo y volteó su torso. Al darse cuenta de la situación peligrosa en la que el joven se hallaba, regresó inmediatamente para auxiliarlo. Cuando la distancia entre Eros y Agatha se achicó lo suficiente, el joven se abrió hacía un costado para liberarle la tarea a su compañera. La dragona embistió al dragón rojo en un ataque fulminante, enredó el cuerpo de su contrincante entre sus garras y cola y, tras inmovilizarlo, lo mordió de manera precisa y letal en el pecho. Con ferocidad, clavó sus colmillos y puso fin a la bestia más temible del bosque.

Sin más amenazas, quedaron frente a frente una vez más, y Eros apostó todo a ese momento.

—Sé que sigues siendo mi compañera Agatha. Nosotros somos un equipo y no debemos separarnos —dijo con firmeza y, emocionado, arremetió nuevamente—. Si quieres alejarte, tendrás que deshacerte de mí primero —concluyó. Y, sin tomar ningún tipo de recaudo, la abrazó. Se aferró al cuello de la dragona con ambos brazos y apoyó su mejilla sobre sus escamas. Agatha se mantuvo rígida un instante, pero luego empujó sutilmente su espalda con el hocico, atrayéndolo hacia sí, replicando el mismo gesto que solía hacer cuando era una yegua. Eros sonrió y ella emitió un extraño bufido, tosco y grave, pero bastante parecido a un relinche.

28

Elena anidaba su pena en el regazo de su alcoba. Aquellas paredes le propiciaban un espacio íntimo para meditar y transitar su dolor. En su alma aún albergaba heridas del pasado, y ahora debía superar un nuevo duelo. Su espíritu estaba abatido, sin embargo, en su entorno se respiraba desahogo y alegría.

Apenas habían pasado algunas horas desde su arribo al castillo, y el alboroto aún estaba en vigencia. La incertidumbre tras su ausencia había generado gran conmoción en todo el palacio, pero la noticia de su reaparición había cambiado los ánimos.

La realeza estaba organizando un banquete para celebrar su regreso y agasajar a Aron por su gran hazaña. El joven era considerado un héroe por haber salvado la vida de Elena. El contexto era festivo y todos estaban felices, todos menos ella, quien tenía el corazón roto.

Cuando la princesa se sentía afligida, solía aislarse del mundo, salvo de Engla. El rey conocía el vínculo y sabía cómo usarlo a su favor. Esta vez, como tantas otras, le había ordenado a la dama que interviniese para animarla y persuadirla de que asistiera a la reunión. Fielmente, la mujer se puso manos a la obra. Una vez en la entrada de la alcoba, dio algunos golpes a la puerta, acompañando con su voz.

—Elena, quisiera hablar contigo. Soy Engla, déjame pasar por favor —suplicó, y aguardo pacientemente. Poco después, la princesa abrió la puerta y la invitó a entrar.

La dama ingresó en silencio y se mantuvo observando a la joven, quien evitó su mirada y optó por recostarse en la cama. Engla se acercó a ella y retiró el cabello que le cubría parcialmente el rostro, exponiendo su mirada pálida y perdida. Posó la mano en su mejilla y le inclinó el rostro con delicadeza. La muchacha levantó la vista y Engla pudo interceptarla. Mientras hacían contacto, pudo sentir su desazón e intentó darle consuelo.

—Sé que eres más fuerte que muchos guerreros, conozco tu coraje y es único. Deberás encontrar la manera de seguir adelante —susurró.

—Eros está muerto, y no pude hacer nada para ayudarlo, tú sabes lo que significaba para mí —expresó con angustia, y sus ojos se enrojecieron un poco más.

—Debe ser difícil, pero no puedes cargar con esa culpa, tú no lo obligaste a tomar sus decisiones. Si los dioses eligieron ese camino para él, nosotros no podemos interferir. Así que debes continuar con tu vida y no volver a hacer estas locuras, eres una princesa con un futuro prometedor —concluyó, y la abrazó cálidamente.

—Gracias por estar siempre a mi lado —dijo, y se aferró al abrazo de la dama.

Abrazadas, Elena lloró sin reprimirse y pudo liberar parte de la angustia acumulada. Cuando se mostró un poco más estable, la mujer aprovechó para cumplir con el pedido de Gregor.

—Respeto tu dolor y sé que mereces tu espacio para sobrellevarlo, pero hay momentos en que debemos estar de pie. Tu padre es el rey y organizó una gran reunión para celebrar que estás sana y salva. Aquí todos pasamos momentos muy duros mientras no estabas, deberías retribuirle con tu presencia —sugirió, firme y directa.

Elena se tomó un momento para pensar y pudo responder más relajada:

—Tienes razón. Asistiré —asintió, y enderezó su postura cansina—. ¿Me ayudas a buscar un vestido acorde? —pidió, y ambas sonrieron.

Minutos más tarde, la princesa atravesó la rutilante entrada del salón principal, y todos los presentes aplaudieron hasta que les ardieron las manos. La mesa estaba completa, además del rey y su consejero Einar, quien no se despegaba ni un segundo de su lado, habían asistido Klaus, Aron y su padre, Viggo, un miembro destacado de la nobleza e íntimo amigo de Gregor. También había otros invitados allegados a la realeza, y, finalmente, Engla, quien se había sumado a último momento dado que el rey le había confiado la contención de su hija.

Elena hizo una reverencia en agradecimiento y se sentó a la mesa, al lado de la dama. Gregor, como de costumbre, tomó la iniciativa.

—Quiero contarles que me siento emocionado y feliz, mi hija está aquí con nosotros y eso es lo más importante —dijo, observando a su hija, e hizo una pausa. No reanudó hasta que la joven le devolvió la mirada.

»Lo que hiciste fue inaudito y casi me matas del susto —la regañó, riendo a la vez—, pero no quiero ahondar en reproches esta tarde. Lo más valioso es que estás aquí con vida, y eso es suficiente para celebrar. Quiero hacer un brindis porque estamos vivos. ¡Viva! —gritó con energía.

—¡Viva! —gritaron los demás.

Elena tomó la palabra:

—También quisiera brindar por los que ya no están entre nosotros, por la reina —expresó, emocionada al recordar a su madre—… y por Eros —agregó, con la voz temblorosa, una mezcla de dolor y nervios.

Gregor se puso rojo de ira, no soportaba oír ese nombre, pero hizo esfuerzos para no emitir comentario al respecto. Prefirió tragar la bronca y continuar con el discurso planeado.

—Les anunció que tenemos otro motivo importante para celebrar —lanzó, sembrando un poco de intriga, y retomó haciendo un gesto para que Viggo y Aron se pusieran de pie—. Quiero que alcemos las copas para honrar la valentía de Aron, el hombre que rescató a nuestra princesa —anunció, y todos acompañaron el gesto.

»Tuviste la valentía de enfrentar a un dragón, arriesgando tu propia vida por salvar la de mi hija. Te estaré eternamente agradecido por lo que hiciste —expresó con tono dramático. Luego retomó un poco más jocoso—. Vamos, cuéntanos sobre tu hazaña.

—Cuando vi a Elena en apuros, una oleada de valentía me invadió, ya no importaba mi vida, sólo pensaba en rescatar a la princesa y en defender a mi reino. Sabía que los dioses estaban de mi lado, y me hubiera enfrentado a cien dragones de haber sido necesario —describió su historia, con ciertos matices exagerados. La princesa se quedó observando la escena contrariada, si bien estaba agradecida del muchacho, le sorprendía que sacara provecho de la situación que había vivido.

—Eres un verdadero héroe, y por eso te daremos una distinción como miembro honorable de la guardia real —aseveró, observando a Einar para que tomara nota de su deseo. Pero Klaus se opuso a la iniciativa.

—Lamento decirle, mi majestad, que Aron no es un guerrero, no ha cumplido todas las pruebas exigidas por la guardia real —protestó, dubitativo. No le gustaba contradecir al rey, pero todavía menos a las reglas.

—Entonces primero lo declararemos guerrero de la guardia real y luego miembro honorable —dictaminó el monarca, y dio un golpe en la mesa. Klaus asintió levemente y se mantuvo callado, aunque no le gustaban esas decisiones arbitrarias.

»Ahora sí, ¡basta de charla y a comer! —concluyó el rey entre carcajadas, y dio inicio al veredero festín.

El clima era alegre y distendido, todos comían y bebían en abundancia. Las risas retumbaban en el salón, las expresiones eran de júbilo, con excepción de la princesa, quien se sentía incómoda con la situación. Su presente era sombrío y la celebración no ayudaba. Engla notaba el fastidio de la joven y no sabía qué hacer al respecto, sólo se limitaba a tomarle la mano cada tanto y brindarle alguna frase de aliento.

Al mediar la fiesta, Gregor tomó la palabra nuevamente y se preparó para dar la mayor noticia de la noche.

—Mi gran amigo Viggo, por la amistad que nos une, por la hazaña de tu hijo y por el respeto que te tengo, quiero hacerte una gran propuesta —anunció, y todos quedaron expectantes, en especial el padre de Aron, quien rebosaba de expectación—. Quisiera que la princesa y tu hijo se unieran en matrimonio, y que seamos una gran familia real —anunció con autoridad. Todos se miraron las caras sorprendidos, y explotaron en risas alegres y aplausos. Aron tenía una sonrisa que no le cabía en el rostro, y su padre no terminaba de asimilar la noticia, al igual que el alcohol que había ingerido hasta entonces. Por su parte, Elena estallaba de rabia, no podía creer lo que su padre acababa de hacer y no tardó en mostrar su disconformidad.

—¡Ya está todo decidido! ¿Mi palabra no cuenta? —gritó, furiosa—. Padre, deberías haberlo consultado conmigo primero —reprochó, desencajada.

—Ya lo sé hija, es que como siempre no estarías de acuerdo con mis decisiones. Pero verás que es lo mejor para ustedes y para el reino —argumentó, descartando el reclamo de su hija como si de un mero capricho se tratara.

—No aceptaré esto de ninguna manera —respondió, categórica.

—No te precipites, tomate un tiempo para considerarlo. Aron es un buen hombre, y tú tienes que pensar en tu futuro.

—No puedo pensar en nada en este momento, estoy superando un duelo, que apreciarías que respetaras, por cierto —acotó, bajando el tono de su voz.

—¿Duelo? ¿De qué duelo estás hablando? —preguntó, haciéndose el desentendido.

—¡Eros está muerto! El problema es que sólo a mí me importa… —exclamó, pero fue interrumpida por Gregor abruptamente.

—¡Eros fue un simple plebeyo! ¿Quién era él para los dioses? —el rey empezaba a perder la paciencia una vez más.

—Era el hombre que amé —admitió sin pensarlo. Enseguida supo que había lanzado una daga envenenada en la mesa. Por primera vez en su vida se había atrevido a decirlo, incluso sin haberlo aceptado ella misma del todo. Pero era evidente que se trataba de un sentimiento que ya no podía reprimir más, aunque fuese demasiado tarde.

Tras la confesión, todos en el salón quedaron enmudecidos, e incluso el rey, extrañamente, no tuvo reacción. El ambiente era denso, y Elena no aguantó más. Se levantó de la mesa y, corriendo, cruzó la puerta y se dirigió hacia las escaleras. Aron también se levantó a toda prisa y fue tras ella.

Elena no paró hasta abandonar la Torre del Homenaje y dirigirse a los jardines reales. Allí, se detuvo a llorar en un banco frente a un exuberante arreglo floral que la ocultaba un poco, dándole intimidad a sus lágrimas. El joven nunca la había perdido de vista, y, sin dudarlo, se dirigió hacia ella tomándose el atrevimiento de sentarse a su lado.

—No te sientas mal por lo sucedido, yo estoy igual de sorprendido que tú —expresó, quería consolarla y controlar la situación rápidamente —. No habrá una boda si tú no quieres, jamás aceptaría en esas condiciones, así que no tienes de que preocuparte —agregó, esparciendo un manto de calma.

—Tú no conoces a mi padre, si ya lo decidió así será —respondió, desanimada, con la mirada puesta en el suelo—. Si no aceptas la propuesta, te meterá en un calabozo.

—No me importa, prefiero terminar en prisión antes de hacer algo que te dañe —expresó, decidido y convincente. Sus palabras reanimaron un poco a la princesa, quien lo miró a los ojos, esta vez, con un poco más de gratitud.

—Eres muy gentil —reconoció, el gesto la había conmovido.

—Te aseguro que no pasará nada que tú no quieras, te doy mi palabra —aseguró el joven. Sus palabras sonaban sinceras y Elena las tomó así.

El joven se arrimó un poco más a ella y la abrazó, tal como lo había hecho aquella vez en el bosque. La princesa, se apoyó en su pecho. Entre tantas desgracias, se sintió contenida por un momento.

—Fuiste la última persona que vio con vida a Eros, ¿cómo lucía antes de su muerte? —preguntó, no podía pensar en otra cosa.

—¿Eso importa? Debes mirar hacia adelante, en eso sí tiene razón tu padre —replicó, forzando un tono sereno para ocultar la molestia; ya no sabía cómo hacer para quitarle a Eros de la cabeza.

—Ya lo sé, pero necesito saber un poco más acerca de su muerte. No hubo un funeral, ni siquiera pude despedirme, ¿entiendes? —Tenía la voz quebrada por el llanto— Y sólo tú sabes qué paso ese día. Por favor cuéntame algo, ¿cuáles fueron sus últimas palabras? —insistió, cegada por el dolor.

—Fue todo muy rápido y no recuerdo bien los hechos, pero estoy seguro de que se trataba de él. Tras su muerte, el monstruo salió volando y se lo llevó —respondió, escueto; no quería improvisar demasiados detalles.

—¿Volando? Me habías dicho que lo había arrastrado —señaló, advirtiendo una inconsistencia en el relato.

—No, se lo llevó volando, no quise decir que lo arrastró literalmente. Lo vi con mis propios ojos, aún me atormentan las imágenes —corrigió, sin vacilar. También él había notado la equivocación, pero sabía que debía responder rápido y de forma convincente.

—¿De qué color era? —La princesa tenía mirada perdida.

—¿Qué cosa? —Estaba comenzando a notársele el fastidio ante las preguntas de la joven.

—El dragón, ¿de qué color? —insistió Elena.

—Supongo que gris, estaba todo muy oscuro —lanzó ya que no recordaba si lo había mencionado anteriormente y las preguntas de Elena comenzaban a ponerlo incómodo. Antes de que empeorara la situación, intentó desviar el tema.

»Hablemos de otra cosa. ¿Sabías que siempre me gustaron los paseos por los jardines reales? La sección de los rosales es mi favorita —señaló con su dedo índice en dirección al lugar, mostrándose conocedor del tema.

—No hubiera imaginado que te gustaban las flores, me sorprende ese lado sensible en un guerrero —se burló, siguiéndole la corriente.

—Lo tengo permitido, pues no soy un guerrero, ya lo dijo Klaus —la ironía se dejaba traslucir en su voz a pesar de que estaba riendo mientras lo decía. Elena se sumó a las risas, y el clima se relajó un poco—. Si me acompañas puedo contarte más acerca de ellas, te sorprenderé —la instó, y le tendió la mano a la princesa en una invitación para que se levantara.

Elena accedió y juntos fueron a recorrer la siguiente sección del jardín. Allí se encontraba la rosaleda, el mismo espacio al que había hecho mención el joven. Estaba compuesto por más de cien especies diferentes de rosas, y Aron poseía gran conocimiento al respecto. Se dedicó a explicar detalles y curiosidades de cada una de las variedades con las que se iban encontrando, y logró sorprender a la princesa, esta vez, con algo verídico. Había conseguido mejorar el ánimo de Elena y que se olvidara de Eros por un rato, eso lo reconfortaba bastante.

—Aquella de allí es mi preferida —anunció, haciendo referencia a una rosa de grandes pétalos rojos, que tenía unas manchas blancas muy llamativas. Ambos se acercaron a la flor, y él añadió—. Sabes, me recuerda mucho a ti.

—¿Por qué a mí? —dijo, sorprendida.

—Es muy hermosa y elegante, única entre las demás, tal como tú —expresó, como si fuera un poeta.

—Las rosas también tienen espinas —el filo en su voz podía percibirse con claridad, no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación.

—Es verdad, otro punto en común. Por eso es importante el trato suave y cuidadoso —agregó, sus respuestas la estaban acorralando.

—Se nota que sabes cómo cuidar a las rosas —respondió, sin saber que decir.

—Sí, y también cómo cuidar a una mujer —agregó, y se puso un poco más serio, luego la observó con una mirada profunda, que sostuvo varios segundos.

Elena se quedó en silencio, y bajó la mirada. Aron le apoyó la mano en el mentón e hizo fuerza levemente para que volviera a mirarlo. Cuando conectaron nuevamente, no dudó y se acercó para besarla. La princesa reaccionó girando la cara hacia un costado, y el beso del muchacho quedó trunco y flotando en el aire. Decidido, intentó llevar su mano al rostro de la joven para acariciarla, y Elena perdió la paciencia. Le dio una fuerte cachetada en la mejilla, y la cabeza del joven giró bruscamente hacia un costado. El chasquido fue estrepitoso y su eco se propagó por el jardín. Aron quedó aturdido y con dolor; por su falta de tacto, había perdido la flor y se había quedado con las espinas.

Elena aprovechó el momento para abandonar la escena definitivamente. Se retiró, sin rumbo, caminando en dirección a la entrada principal del castillo, muy enojada con todo lo que había sucedido esa tarde. Mientras su mente divagaba en un mar de pensamientos antagónicos, una insólita reflexión asomó desde la confusión: «Los dragones grises no vuelan».

29

Agatha sobrevolaba el valle al pie de las montañas. En su lomo, Eros se aferraba a ella con la misma fuerza con la que se aferraba a la libertad. No había riendas ni monturas, simplemente cruzaba sus brazos alrededor de su cuello y, como si estuvieran cabalgando, se atrevía a surcar los cielos en un vuelo extraordinario. Jamás hubiera imaginado montar un dragón, pero la aventura que estaban viviendo ya le había demostrado que la frontera entre lo fantástico y real se construía a cada paso.

Las alas de la dragona se acoplaban al viento, y el impulso los dirigía rumbo a las altas cumbres. La vista era extraordinariamente bella y al aproximarse a las sierras se volvía aún más majestuosa. Habían alcanzado el final del valle, donde la cordillera del oeste se imponía en el paisaje. Allí, el Bosque Encantado se internaba en la ladera hasta perderse en ella, dando lugar a un nuevo terreno, mucho más árido y rocoso. En ese mismo límite, el alcance de la maldición se extinguía y nacía la frontera con el Reinado del Oeste. Inexorablemente, la pesadilla del Camino de los Miedos había quedado atrás, y nuevos desafíos se vislumbraban en el horizonte.

Ambos habían recuperado la conexión y volvían a compartir la misma comunicación que habían desarrollado durante los entrenamientos. Tal es así que simples gestos eran suficientes para que Agatha comprendiera su voluntad y le cediera el control. Eros conducía eufórico, trazaba su propio camino en las alturas, sobrevolando picos montañosos y acariciando las pendientes con movimientos audaces. En medio del éxtasis, recordó a Elena y a aquel sueño sublime donde, montada a un dragón blanco, recorría las montañas. No pudo evitar que la nostalgia lo abrazara con un dejo de tristeza, no sabía si volvería a verla y moría de ganas de compartir esta experiencia con ella.

Desde el cielo se podía apreciar la inmensidad de los cerros, esplendidos e imponentes. Sus cimas nevadas formaban una sábana blanquecina que se extendía indefinidamente. Las laderas aun reflejaban el brillo de un ocaso agonizante. El escenario era bello y de una profunda rotundidad al mismo tiempo. El clima se volvía más hostil a medida que se internaban en la cordillera. El frío se encarnaba en la piel con crudeza, aunque representaba un buen augurio ya que señalaba que iban por el camino correcto. Eros sabía que la fortaleza de Reinado del Oeste se establecía en el corazón de las montañas, donde las heladas y el clima adverso eran una amenaza. Mientras asimilaba la magnitud del paisaje, tomaba conciencia de la temeridad que hubiera significado el recorrido terrestre. Comprendía que Agatha y su nueva condición habían sido un regalo de los dioses.

Tras un largo viaje, la noche se insinuaba de a poco. Cuando la claridad parecía diluirse, desafiando el viaje, el suceso más esperado rompió la monotonía. Detrás de una muralla rocosa, comenzó a vislumbrarse un territorio de gigantescos cordones montañosos, apostados como guardianes implacables custodiando la antesala del castillo del oeste. La fortificación, que hasta entonces sólo conocía por textos y relatos de ancianos, cobraba sentido bajo la mirada de Eros, quien, probablemente, fuera el único sureño de esa época que había podido verlos en persona.

El castillo era colosal y majestuoso y, cimentado en una cumbre, lucía aún más descomunal e imponente. Era un verdadero fuerte, de aspecto rustico y arquitectura resistente. La parte más destacable estaba en su frente, precedido por un extenso camino que ascendía la montaña, y una inmensa e impenetrable puerta de dos hojas reforzada con flejes de hierro. Las dos torres frontales eran circulares y de al menos el doble de grosor que las del castillo del Reinado del Sur, una autentica muralla. Por detrás asomaba la que Eros suponía que debía ser la Torre del Homenaje, de menor porte pero particularmente alta.

Eros había superado una difícil odisea, pero había llegado el momento más importante de su propósito, dándole sentido a todo lo que le había ocurrido hasta ese momento. Los ancianos sabios habían sembrado una conciencia de hermandad entre los pueblos del sur y del oeste, pero lo cierto es que durante mucho tiempo no habían tenido noticias el uno del otro, y aquella tan nombrada hermandad estaba por comprobarse. Eros, fiel a sus convicciones, había decidido entregar su mensaje de alerta, asumiendo riesgos que le habían acarreado consecuencias más altas de lo que había esperado y, si bien lo más duro había quedado atrás, su próximo paso no parecía estar libre de peligros.

El joven guerrero se encaminó hacia la base de la montaña que albergaba el castillo. Con un vuelo suave, Agatha descendió lentamente hasta tocar tierra firme. El terreno era principalmente desértico, aunque predominaban algunos arbustos y otras malezas que sobrevivían a las duras condiciones que impartían el frío y la nieve.

La helada y las alturas sometían al joven, quien vestía un uniforme ligero y maltrecho de la guardia real, que apenas lo protegía del viento. Le urgía llegar a las puertas del castillo, e, implorando una cordial bienvenida, obtener algo de cobijo y alimento. Con las últimas energías se dispuso cumplir su objetivo.

Necesitaba resguardar a Agatha y continuar sólo, no quería exaltar a los guardias exponiendo a la dragona. Se lamentó tener que separarse de ella una vez más, pero era lo que demandaba la misión. Le hizo un gesto para que no lo siguiera. Tenía claro que un forastero con un dragón de compañero difícilmente sería bien recibido.

Agatha lo observó confundida, y el joven repitió el gesto, haciendo referencia a que se refugiara entre las montañas. El relieve de los cerros era irregular y cambiante, propiciando un espacio ideal para mantenerla oculta. Intentó explicarle que regresaría, pero no sabía hasta qué punto lo habría entendido. Para su sorpresa, no necesitó repetir la orden. La dragona giró y se hecho a volar en sentido opuesto al castillo.

Eros se quedó perplejo mientras la miraba alejarse, y no pudo evitar pensar en si estaría esperándolo a su vuelta o reaccionaría como en ocasiones anteriores. El vínculo ya se había restablecido, y eso lo tranquilizaba, pero no lo suficiente. De todos modos, no había alternativa, debía afrontar el último trayecto por cuenta propia.

En la base de la montaña se unían dos caminos. A un lado se desprendía la ruta que provenía desde el sur, la única vía terrestre que conectaba con el fuerte. Ese camino estaba poco demarcado y, por lo que podía apreciar, solía obstruirse por la nevada con frecuencia. Por otro lado, nacía el camino real hacía la entrada del castillo. La senda estaba compuesta por adoquines encastrados, era una buena construcción capaz de resistir las duras condiciones climáticas. De manera zigzagueante, ascendía hasta la robusta puerta.

La noche ya estaba plenamente instalada y, desde el cielo, una luna completa y redonda hacía brillar los sectores nevados, lo que favorecía la visibilidad, que de por sí era escasa. Eros no disponía de antorchas, ni de otros elementos que pudieran ser de ayuda aunque, en contraste a las noches en el bosque, ese camino le resultaba menos inquietante.

La caminata se prolongó durante un buen rato, y socavó en lo que le quedaba de energías. Al encontrarse frente a la fortaleza, se sintió un tanto intimidado. De cerca, las torres frontales se veían todavía más imponentes e incluso de mayor porte que las del castillo del sur. En lo alto, había torretas de vigía, donde se distinguía luz dentro de algunas de ellas. Eros suponía que, para ese entonces, ya habría sido identificado y suplicaba a los dioses por no ser atacado. De momento, sus plegarias habían dado resultado y pudo seguir avanzando sin sobresaltos los metros restantes.

Al llegar al acceso, se encontró con un rastrillo reforzado, que compensaba la defensa que podría propiciar un puente levadizo u otro tipo de protección propia de un castillo construido en un terreno llano. Antes de que tuviera que llamar la atención para ser atendido, oyó crujir uno de los batientes. La inmensa columna giró apenas un metro y el rastrillo se elevó lo suficiente como para que cupiese una persona. Nadie esperaba al otro lado, y la oscuridad era profunda y escalofriante, parecía un salto al vacío. Sin más opción, dio un paso al frente, la puerta se cerró, y quedó encerrado en un gran habitáculo. Una segunda puerta de similar envergadura se alzaba a unos veinte metros por delante. El joven estaba atrapado: a los costados se extendían dos murallas de roca maciza y, de frente y reverso, completaban la trampa ambos portones.

Tuvo que soportar segundos de gran incertidumbre, hasta que un soldado se asomó por una aspillera. Lucía una armadura ordinaria que le cubría parte del cuerpo. Con tonó recio se dirigió al joven.

—¿Quién eres forastero? Aquí no damos limosna —preguntó, su tono no mostraba intensión de hacer nuevos amigos.

—Mi nombre es Eros, y pertenezco al Reinado del Sur. Hice un largo camino para traerle información importante a su majestad —respondió, con nerviosismo.

—Mi majestad tiene tareas mucho más importantes que escuchar a un vagabundo como tú —retrucó, tajante, al mismo tiempo que otro soldado se asomaba por detrás.

—Tuve que cruzar el Camino de los Miedos para llegar hasta aquí, arriesgando mi propia vida en el proceso. Es importante que me dejen pasar —suplicó, la tensión se acrecentaba. El recado parecía más complejo de lo esperado.

—¡Tú cruzaste el Bosque Encantado! —exclamó con burla, y ambos soldados rieron con desdén—. Tienes suerte de que no te lancemos una flecha en el pecho, lárgate antes de que perdamos la paciencia.

Tras la amenaza, la puerta de ingreso volvió a crujir dejando la entrada liberada y la luz del exterior irrumpió la penumbra. La sensatez lo invitaba a resignar su objetivo y preservar su vida, pero no quería olvidar su propósito tan fácilmente. Después de todo, había vencido todo tipo de adversidades para llegar hasta allí. Con terquedad, se mantuvo en silencio y en la misma posición, demostrando que no tenía intención de irse. Los soldados empezaron a irritarse.

—¡Vamos, idiota! Ya lárgate, no te lo diré otra vez —reprendió uno de ellos, y asomó un arco con el cuál apunto hacia su posición. El hombre estaba enojado y parecía decidido a cumplir su amenaza.

—No es la primera vez que enfrento a la muerte. Mi deber es alertar al rey del oeste acerca de un peligro inminente. Mis intenciones son buenas, no represento un riesgo, y no me iré sin intentarlo —exclamó, tratando de ser convincente—. No ganarías nada matándome. Pero, si aún así quiere hacerlo, ¡vamos, adelante! ¡Dispara! —arremetió, directo y punzante.

El soldado no respondió, y Eros, resignado, cerró los ojos esperando el impacto fatal. Finalmente, no fue ejecutado pero, desde gran altura, cayó una robusta red sobre su cuerpo. El armazón era pesado y bastante grueso, y la fuerza del choque le aflojó las piernas. El joven cayó al piso sin poder reincorporarse, la densa malla lo había reducido. Mientras tanto, la puerta externa volvía a cerrarse, al momento en que se abría la compuerta interna. Varios guardias ingresaron y tomaron la red con brusquedad. Eros fue arrastrado hacia el interior del castillo sin miramientos, como si fuera una presa cazada furtivamente.

Amarraron la red a dos pilotes que sobresalían de un carro. El joven había quedado enredado en la tela, suspendido en el aire. Un hombre fornido, con el torso desnudo desafiando al frío, había tomado el carro y lo conducía hacia el centro del fuerte, siguiendo los pasos de los soldados.

Poco después, arribaron al ingreso de la Torre del Homenaje, lo quitaron de la red y lo maniataron, Eros rogaba para que lo liberaran, pero sus suplicas no fueron escuchadas. Sin rodeos, lo tomaron un guardia de cada brazo y lo llevaron casi a la rastra a través de unas escaleras dentro de la torre. Tras subir cientos de escalones, cruzaron una puerta secundaria. El acceso los depositó en una amplia galería, muy bien acondicionada. El ambiente había cambiado por completo, allí la temperatura era agradable y los candelabros iluminaban un salón con poco lujo, pero buen estilo. Uno de los guardias sintió pena ante el estado de Eros, y le ofreció agua de un jarro de hierro, el cual el joven tomó con las manos atadas y bebió con avidez.

Permanecieron un momento en el recinto, estaba claro que aguardaban por algún tipo de instrucción. Tras consumirse la espera, un guardia hizo un gesto, y lo llevaron hacia una sala contigua. Una vez dentro, había una mesa de piedra muy rustica y un par de sillas de hierro amuradas al suelo, lo sentaron en una de ellas y le cruzaron varios cintos de cuero para inmovilizarlo. Eros se sentía humillado, lo estaban tratando como a un rufián, sin embargo, no tenía fuerzas ni oportunidad de revelarse, tan sólo se limitaba a seguir las órdenes.

A los pocos segundos, se abrió la puerta nuevamente y todos los presentes, salvo Eros, dieron un saludo formal. A continuación, ingresó el rey y se sentó en una de las sillas del otro lado de la mesa. Le clavo una fría mirada que sostuvo un instante hasta romper el mutismo.

—Soy Kalevi, el rey del oeste. Este reino me pertenece, todas estas montañas me pertenecen, incluso tú me perteneces. Nadie es más poderoso que yo en todo Tibur —expresó, dando una presentación implacable—. Tú te atreves a decir que estoy en peligro, ¿acaso tú conoces mis propias amenazas más que yo? —emitió una suave carcajada, y los demás acompañaron con muecas alegres. Luego se puso serio, y reanudo—. Espero que tengas algo importante para decir, algo que justifique mi tiempo aquí. Habla.

—Soy Eros, un guerrero del sur. Recorrí el Camino de los Miedos para venir hasta aquí, para decirle que su reino corre peligro —alertó, y todos rieron grotescamente, aunque lo dejaron continuar.

»Un prisionero del norte me reveló que su ejército planea atacar al oeste en el día del aniversario. Hizo su confesión para que le perdonara la vida en un combate a muerte. Confío en que es verdad, deberían considerarlo —argumentó, y esperó la reacción de Kalevi quien, esta vez, retomó la palabra sin burlarse.

—¿Qué garantías tengo de que eso vaya a suceder? ¿Te ha enviado tu rey? ¿Tienes una carta certificada con el código real? —preguntó, y Eros se sintió verdaderamente incómodo, había desestimado ese detalle. La comunicación entre ambos reinos solía hacerse mediante la certificación que otorgaba el código real, un mecanismo imposible de falsificar. Consistía en la inclusión de una clave al pie de la carta, compuesta por un código de único uso. La secuencia de claves era secreta y compartida entre las cúpulas de ambos reinos. Habían pasado tantos años del último uso, que prácticamente se había convertido en un mito. Eros tenía conocimiento de su existencia, gracias a su instrucción en la guardia real, pero había subestimado su importancia.

—No, él no está al tanto de esto, no quiso escuchar al prisionero y ordenó su ejecución. Sólo yo conozco la información —admitió amargamente, y su comentario se convirtió en una sentencia. La falta de garantía de sus palabras fue la invitación a una burla generalizada que llenó la sala de carcajadas.

—No perderé más tiempo con el forastero. ¡Ejecútenlo! —ordenó sin vacilar, y se levantó del asiento. Eros abrió los ojos de par en par, no entendía la facilidad con la que Kalevi pensaba deshacerse de él. De inmediato reaccionó, debía persuadir su voluntad de algún modo.

—¡Un momento! He venido hasta aquí para ayudarlos. Tal vez no tenga pruebas, pero mis intenciones son buenas —lanzó, sin saber bien que decir. El rey se detuvo y lo miró, demorando su respuesta para jugar con el suspenso.

—No tienes fundamentos, ¿cómo sabría que no eres un espía y estás colaborando con el norte? —increpó, manteniendo su postura.

—No me ejecute, podría encerrarme hasta el día del aniversario, no falta mucho para eso, y entonces sabrá si estoy mintiendo o no —suplicó, apostando su última carta, lo que logró que el rey se mostrara un poco más flexible.

—Tienes razón, faltan sólo días. Pero si no se cumplen tus predicciones, tendrás una muerte mucho más dolorosa que la que te proporcionaría hoy mismo, desearías haber muerto antes. ¿Prefieres esperar en el calabozo? —preguntó, con sarcasmo. Sin dudarlo, Eros se aferró a esa oportunidad.

—¡Sí! Por supuesto —aceptó, sin titubear.

Finalmente, Kalevi accedió al pedido del joven y ordenó su arresto. Luego los soldados lo levantaron de la silla y lo llevaron a los calabozos que se encontraban en la parte superior de la Torre del Homenaje.

Una vez recluido en su celda, el mismo soldado que le había cedido el pocillo de agua, abrió el diálogo mientras cerraba la puerta con una gruesa cadena de hierro.

—No pareces un hombre vulgar, pero lo que hiciste fue muy estúpido. ¿Por qué dijiste lo del norte? —preguntó, empatizando con el muchacho.

—Durante la ceremonia estarán más desprotegidos que nunca, y serán atacados, no estoy mintiendo —insistió.

—No creo que mientas, pero no tienes pruebas de lo que dices, fue un suicido lo que hiciste. Además, ¿quién le creería a un forastero? —agregó, sin entenderlo.

—No imaginaba ser tratado como un forastero. Pensé que el sur y el oeste eran un mismo pueblo —expresó, lamentándose.

El hombre lo miró con lástima, antes de responder con gravedad:

—Eso fue hace mucho tiempo, hoy somos pueblos desconocidos.